

El libro y el internacionalismo de la cultura

(En el *Rep. Amer.*)

En rigor, el concepto de **internacionalismo** surge y prospera en la órbita de la cultura occidental. La realidad que su vigencia pide no ha sido posible sino en el ámbito cultural que tiene como centro a Europa, pues sólo desde que se organizan las nacionalidades de ese continente con vigorosa fisonomía particular, de modo que cada una de ellas ofrezca una personalidad fuerte y respetable ante las otras, existe ese sistema de trato que implica consideraciones mutuas y regula las relaciones inter-estatales sin violencias del poderoso contra el débil.

Tal estado de cosas sólo tiene aplicación, por supuesto, dentro de un régimen pacífico de convivencia, pues la guerra, como es bien sabido, arrasa, en su huracanado empuje, con los mejores frutos que para su bienestar haya obtenido el hombre en horas de trabajo fecundo.

El internacionalismo supone, pues, una ordenación de la vida terrestre a base de pueblos cuyo desarrollo les haga partícipes de los beneficios de una cultura común. Esto se ha conseguido gracias a la actividad creadora del hombre europeo, cuya ciencia no se confinó a las fronteras del viejo continente sino que irradia pródigamente hacia todas las regiones de la tierra en donde haya la capacidad indispensable para recoger su productiva simiente. El espléndido desarrollo de los Estados Unidos de América y el alcanzado en el lejano oriente por el Japón comprueban que allí donde hay un fermento humano con vigorosa aptitud receptora y enérgicas dotes para la propia creación, puede la ciencia obrar verdaderos prodigios.

Ahora bien, la cultura europea cuenta en su haber con un instrumento imprescindible que no desconoció la antigüedad greco-latina, pero que entonces no estaba en condiciones de producir magníficos rendimientos. Este instrumento valiosísimo es el libro. Para griegos y romanos no existió, hablando con propiedad, un orden internacional, fundado en la seguridad de contar, frente a sí mismos, con entidades organizadas que exigieran consideraciones recíprocas. Los Helenos forjaron su admirable cultura, adjudicándose una superioridad incontestable sobre los demás pueblos, a los cuales menospreciaban, suponiéndolos incapaces de llegar a su extraordinario refinamiento. Los romanos por su parte, basando su hegemonía en razones de poder político, se creyeron, como todo pueblo dominador, con derecho a imponer su yugo sobre los otros, reputándolos también inferiores frente al vigor latino.

No se produjo en el mundo antiguo, en tales circunstancias, un equilibrio internacional propicio al florecimiento de una cultura en que griegos y romanos miraran como colaboradoras a otras porciones del género humano. Faltaba, por otra parte, el vehículo indispensable para el intercambio de productos espirituales que es el libro. Por lo menos no logró convertirse, como en la época moderna, en poderoso instrumento de difusión, toda vez que, reducido a las proporciones de costosos manuscritos, muy escasos en número, su radio de influencia era también de contorno muy limitado.

Una de las características esenciales de la cultura occidental reside, en cambio, en su

extraordinaria capacidad expansiva, en su generosa prodigalidad. El libro, que adquiere, gracias a la imprenta, una potencia difusora que multiplica con creces la acción reducidísima de los manuscritos antiguos, es, en realidad, el resorte fundamental del enorme desarrollo que hoy advertimos en el mundo cultural generado por Europa y que resulta desproporcionado si se le compara con cualquiera de aquellos que tuvieron por centro propulsor a alguno de los grandes pueblos de la antigüedad.

Cabe decir, sin embargo, que si el libro ha proporcionado a Europa un medio insustituible de extender en forma nunca vista antes su influjo cultural, también ha servido para revivir en forma jamás soñada por los antiguos, en particular griegos y latinos, cuanto ellos hicieron por la gloria del hombre. Merced al libro la posteridad conoce con toda suerte de pormenores la obra genial de los grandes hombres y razas que la marea del tiempo va dejando atrás. De modo que, así considerado, viene a ser una especie de tribunal póstumo que exalta con nobilísima justicia la memoria de cuantos hicieron algo digno de recuerdo imperecedero.

El libro constituye, por otra parte, la más firme base del desenvolvimiento científico. Se puede afirmar, sin exageración, que sin su valiosísimo concurso la ciencia no sería posible; como tampoco lo serían otros aspectos importantes de la vida espiritual humana, que tienen en sus páginas siempre acogedoras el medio de transmisión por excelencia. La cultura, en general, es una vasta empresa de colaboración que supone dos tareas fundamentales, no realizables plenamente sino a través del libro; el cual, siempre en su misión de depositario fidelísimo del saber, proporciona a las nuevas generaciones la experiencia acumulada del pretérito para que ellas, nutridas de esa savia fecundante, forjen a su vez el caudal que habrán de transmitir a los hombres del futuro.

Las instituciones de cultura no pueden realizar su cometido sino amparadas en los eminentes servicios del libro. Los maestros de primera enseñanza junto con los profesores secundarios y universitarios actúan como si fueran intermediarios amables entre el saber mudo de los libros y las inteligencias jóvenes ante quienes vitalizan, para facilitarles la asimilación intelectual, el vasto repertorio de la ciencia heredada. La universidad añade a esta tarea otra de singular trascendencia que consiste en formar a los nuevos investigadores, quienes no se conformarán con la pasiva aceptación del saber común sino que, a su vez, acrecentarán con su propia cosecha la herencia científica recibida.

Los libros han hecho factible el internacionalismo de la cultura. La grandiosa empresa de la ciencia moderna cuenta con la cooperación asidua de cuantos laboratorios y centros de alta investigación existen diseminados en los pueblos cultos, si sus oficientes, como verdaderos obreros del saber, están cuidadosamente enterados, mediante las últimas publicaciones, de cuanto sus hermanos de especialidad realizan y obtienen en su heroico bragar. Un libro, un folleto, una revista, se encargan de mantener unidos en la augusta religión de la ciencia a cuantos cerebros de alta

capacidad trabajan tesonosamente en su favor, sea cualquiera el lugar donde ejerzan su ministerio. Ni diferencias de raza, ni de ideas, ni presunciones gratuitas de superioridad, cuentan como obstáculos que ensombrezcan la serena hermandad de los hombres consagrados a elevadas faenas intelectuales. El libro, que es siempre el resultado de tan agotadora actividad, encierra cuanto de más valioso pueden atesorar esos nobles espíritus, a quienes no alcanzan las salpicaduras de la mezquindad humana.

A menos que, como suele ocurrir en ciertas horas negras de la historia, se desate una ola de barbarie que declare la guerra a la inteligencia y a los más finos productos mentales. En tales situaciones caóticas las ideas y sus mantenedores sufren ataques furiosos, y los libros, perseguidos como reos de delito, encuentran en la hoguera pública un trágico destino. Las ideas, sin embargo, no perecen ni pueden ser exterminadas como la carne mortal. El hombre, como ser físico, podrá sucumbir en el suplicio, mas su pensamiento tendrá la virtud de asegurarle una perduración más fuerte, más vital que el empeño de silenciarlo. Así ha acontecido siempre, y no pocas veces ocurre que el martirio del hombre asegura la inmortalidad a la idea que determinó su holocausto. Con el cual comprobamos que el libro, símbolo glorioso del pensamiento humano, está dotado de una vitalidad que vence a la muerte física y tiene más fuerza que la espada que empuña el verdugo para segar cabezas.

BALTASAR ISAZA CALDERON

Panamá, julio de 1942.

Al Sr. Don Pedro Albizu Campos

(En el *Rep. Amer.*)

Hace algún tiempo ya que veo.
Me alcé desde la sombra. Transparencias
ungiéronme la frente. Nacieron
las auroras. Pereció la tiniebla.
Habiendo visto pude decir lo que veía:
los secretos caminos de la verdad excelsa
hechos para la planta del varón de dolores,
la corona de espinos que vence en la tragedia
y el coro de triunfos que levanta al caído
a las serenas cúspides de la belleza eterna.
Y lo dije con actos directos como lanzas:
carcajes misteriosos de llameantes flechas,
ramilletes de flama, espadas de ígneas puntas.
Al resplandor de esa panoplia de centellas
canté amores perdidos con susurro
de tórtola,
con los silbos arcanos del bambú de mi tierra
cuando es flauta a la luna de las noches
de enero
junto al río que arrastra mil millones
de estrellas.
Y después, de la vida, volviendo de la muerte,
ocultas geometrías diéronme su belleza.
La vida es un radiante luminoso, y la muerte,
un punto, matriz de líneas nuevas.
Pero ante ti, Maestro, mi Iniciador, me acerco
con humildad devota, con las abarcas viejas
raídas del sendero, en silencio,
buscando las señales que dejas en tus huellas,
y me confieso humilde: por lo que yo
no he visto
comprendo la sublime visión de tu grandeza.

JUAN ANTONIO CORRETJER

Día de la Patria de 1941.

Presidio de Atlanta, Ga., EE. UU. de Norteamérica.